

mente el rostro y frunció el entrecejo—. Ya sabes tú lo que son noviazgos.

—¿Sale á la reja?

—Todavía no... Ya te dije...

—Saldrá, saldrá—repetí con tal aplomo, que Donato, no teniendo en realidad motivo de inquietud, si no fuese por ese misterioso instinto que desde las profundidades del sér anuncia peligros inadvertidos por la razón, acabó espontaneándose, cediendo al gusto de hablar de su cuidado.

—Creo que me corresponde, que me quiere... Si no lo creyese, ¡qué sería de mí!—murmuró en tono que debiera haber bastado para hacerme retroceder en el camino emprendido—. Lo que pasa es que yo estoy tan loco, que todo me parece hielo. Es preciso que esto se decida, porque si no, no sé adónde voy á parar...—Hizo una pausa y añadió en arranque brusco—: ¿Serías capaz de ayudarme?

Aquella aleación de caballerosidad profana que tenía mi desenfreno moral, me movió á responderle:

—No, hijo; pídemme otra cosa, otra prueba de amistad... No soy entusiasta del matrimonio, y no ayudo nunca á las bodas de mis amigos. Tú por tu lado, yo por el mío en esta cuestión—recalqué significativamente, pues se me figuraba que la indicación de Donato tendía á hacerme contraer una especie de compromiso de honor, y que me temía, como temen siempre los enamorados á su mejor amigo—, en quien sólo empiezan á fiar después de casados.

## VI

La observación corroboró mis pérfidas intenciones. Aquella misma noche, por segunda vez, seguro de no pecar de entrometido, volví á la tertulia de Torquemada. El Duque me recibió afablemente, me reprendió por mi alejamiento y me invitó á almorzar «cualquier día». Me excusé: en mi plan de campaña entraba el venderme caro.

Donato, sujeto por no sé qué exigencias del servicio, no había llegado aún. Sin buscarlo aparentemente, me encontré sentado cerca de Leonisa. Con todos mis defectos, no era yo excesivamente fatuo, pero tampoco ciego ni torpe, y advertí que mi presencia turbaba á la hermosa, sin definir de qué especie era la turbación—. Puse el diálogo en el terreno más natural; dándome por enterado, embromé á la niña con Donato Almanzora, suponiendo que el noviazgo era cosa convenida, indiscutible. Ella aceptó la broma, y al referirse á Donato, parafraseó las opiniones del Duque, alabando el modo de pensar de su futuro, su formalidad, su bondad. Otro hubiese sentido tentaciones de gritar: «Donato ni es mejor ni peor que los restantes muchachos de su trinca.» Por segunda vez me guardé de esta delación; abundé en el parecer de Leonisa, y deploré no asemejarme á Donato,

ni merecer iguales elogios. Me presenté como hombre que reconoce cuanto malo se puede decir de su género de vida, pero que no tiene ningún aliciente para modificarlo. De esta manera, interesaba á la vez la compasión femenil, sentimiento tan afín á la emoción amorosa, y el amor propio. El cebo fué mordido afanosamente por la cándida criatura, que empezó á amonestarme, queriendo mostrarse severa; á predicarme, en suma, para convertirme. Yo supe manifestar sorpresa, gratitud, noble melancolía, añoranza de un cielo que no me tocaría nunca gozar... Y, al final de la peligrosa plática murmuré, como si hablase conmigo mismo: «Habrá que obedecer... ¿Quién sabe si será esta mi salvación?» Ella se reía, pero la risa era defensa vana de un inocente corazón agitado ya.

Buen rato llevábamos de cuchicheo, cuando Donato entró. Me aparté discretamente, pero al hacerlo pronuncié en mi interior la frase brutal de los conquistadores: «Es mía.» Y yo no era un majadero; era sólo un cazador de olfato sutil, perspicaz.

Quien viese á Donato al lado de Leonisa, á mí distante y conversando con los señores formales, mal interpretaría la realidad. Yo era dueño de la niña. De mi arte dependía solamente hacer efectivo mi dominio. Y artista fui, logrando conciliar la especie de probidad que me imponían las confianzas de Donato y el propósito de apoderarme del alma de Leonisa completamente. Me guardé de asiduidades:

siempre que encontré á la señorita de Mendoza pareció obra de la casualidad, aunque no lo fuese nunca. Supe dejar ver que callaba mucho, y supe insinuar que, desde la conversación con Leonisa, en mí se verificaba un cambio. No frecuenté la tertulia, y así los temores de Donato se adurmieron; debieron adormirse tanto más, cuanto que su novia parecía como nunca animada á formalizar las relaciones. Yo tenía descontado esto: al alarmarse Leonisa mirando dentro de sí, la incauta buscaba el remedio, y, cerrando los ojos, aceptaba el matrimonio con la firme resolución de atrincherarse en los deberes y las gravidades del hogar. Sin embargo, al noticiarme Donato, enajenado de gozo, que dentro de una semana—al regresar de Madrid trayendo algunas joyas, primeros regalos de esponsales—, daría el General Almanzora el paso de pedir á Leonisa, sentí, como puñalada de estilete, una cólera sorda, desdeñosa y fría, y resolví precipitar los acontecimientos. Un dato que supe por mi policía me dió alas. Leonisa, el mismo día en que autorizó á Donato á pedirla, lloró mucho, pasó dos horas en la iglesia, y, al volver de rezar, no bajó á almorzar por impedirselo una jaqueca muy fuerte. «Es hora», decidí con aquella precisión matemática que me jactaba de desplegar en esta clase de asuntos.

Cuando hay efervescencia de sentimientos y deseos, dijérase que la casualidad lo sabe y nos auxilia. Una hermana del General Almanzora, madrina de Donato, cayó enferma de cuidado

en Madrid, y el padre telegrafió con urgencia á su hijo: se trataba de una herencia posible, y, además, de un deber de afecto. Donato marchó renegando, dejándome el campo libre. La petición de mano se retrasaba, por razones de decoro, si la señora fallecía. Buenas cartas para mi juego. ¡A jugar!

Cierta ex-amiga mía, amiga también del duque, bonachona y franca, mujer de alto nacimiento y turbia historia, pero bien recibida y muy simpática, no necesitó más que dos palabras al oído para arreglar las cosas conforme á mis planes. Dió en su elegante casa un bailecillo de confianza y muy selecto, invitando con empeño especial á Leonisa, que acabó por acceder. Ausente el novio, nadie extrañó que usase de los fueros de mi intimidad con él, sirviendo y atendiendo á la novia, llevándola del brazo á la iluminada azotea, donde se servían refrescos, y paseándola por el breve jardín regado por surtidores y poblado de naranjos, arrayanes y laureles rosa. Difícil sería reseñar lo que hablamos: sólo importa lo que mal encubrían las palabras, lo que ya no cabía en los pechos. Salí del baile á las tres de la madrugada, y si al salir hubiese encontrado un espejo donde mirarme, lo haría, para cerciorarme de que no era otro hombre distinto del Enrique Arcos, empedernido y aburrido pecador. La sorpresa que me llevaba, la revelación fulminante no era que Leonisa me amase locamente: eso bien sabido lo tenía! Lo inesperado, lo magnífico, era que yo, á mi vez, yo... yo quería á

Leonisa de la entraña, habiendo sentido, al contacto de su lindo brazo apoyado en el mío, al soplo fragante de su puro aliento infantil, impresión divina no sospechada nunca, algo inefable y embriagador que se me subía á la cabeza. Y, en mi asombro, no acertaba á definir si era bueno ó malo el inesperado suceso; si debía sentirlo ó celebrarlo. Sólo después de dos horas de vagar por las calles, cuando la brisa del amanecer se impregnó de los olores del azahar que envolvían á la ciudad dormida, percibí que era feliz, y que cuando se es feliz no conviene analizar el hechizo de la ventura, sobrado raro y precioso para que no temamos perderlo...

## VII

Entre resistencias del recato, temblores de pasión y dudas de miedo, Leonisa se había comprometido á salir á la reja al día siguiente, cuando se retirase la tertulia. Prendado ya, temí lo que no temería si estuviese sereno: que la niña se arrepintiese y me dejase rondar inútilmente la calleja solitaria. Cautó en medio de mi trastorno, yo había asegurado á Leonisa que *aquello* de la reja no sería sino una conversación afectuosa; que un amigo, nada más que un amigo, la suplicaba el favor de una comunicación franca, lejos de los cien ojos envidio-

sos ó malévolos que nos rodeaban en el baile. Mientras los labios articulaban la engañosa y tantas veces profanada palabra *amistad*, los ojos decían otra cosa, y la decían en inequívoco lenguaje. Sin embargo, reconocí la primera señal de mi verdadero amor en el respeto involuntario, en la limpieza de ánimo, en la ilusión ideal con que acudí la noche siguiente á la cita. Esperé pacientemente á que se fuese el último tertuliano, y cuando el ruido de las botas y el abejorreo de las conversaciones cesaron por completo, y sólo quedó el silencio poético de una noche de luna llena, me acerqué á la reja, á paso reprimido y elástico, deslizándome á saltos, si cabe decirlo así.

La ventana interior estaba abierta; el claror lunar alumbraba la espesa mata de jazmines, el hueco blanquecino entre los hierros negros, artísticamente forjados, y el pavimento de la estancia, donde sus rayos proyectaban blancuras... Me agarré á los hierros... Casi en el mismo instante un dulce hálito me acarició la cara... Era Leonisa, que al encontrarse tan cerca de mí, retrocedió, reprimiendo un grito.

Recobrando mi prudencia, la llamé con suavidad, con ternura. Ella misma inició la conversación, asegurando que estaba allí solamente para cerciorarse de mi enmienda, su mayor anhelo en este mundo. Y sin faltar á la sinceridad, pues en aquel momento lo creía así, me reconocí arrepentido, dispuesto á ser otro, siempre que hubiese *alguien*, una *amiga*, que estimase y premiase mis esfuerzos hacia el bien.

Leonisa me reprendió por esto; según ella, lo bueno se debe hacer sin esperanza de premio inmediato, porque es bueno, y porque estamos obligados á reconocer y practicar la ley de Dios. Me guardé de contradecirla; ¡tanto temía perder el terreno conquistado!, y estuve persuasivo al explicar las causas de mi larga depravación: mi soledad moral, mi abandono, la indiferencia que me rodeaba...

—No he de acusar á mi padre—dije—; le debo mucho amor; pero con sus negocios, sus viñas, sus cosechas, anda siempre ocupado y no ha tenido tiempo de corregir mis desvaríos.

Leonisa, entonces, al través de la reja, se encará conmigo, y magnetizándome con sus rasgados ojos de terciopelo obscurísimo, en que brilló una chispa inquieta de altivez de raza, me preguntó:

—A lo menos, va usted á decirme, terminantemente, una cosa; ¿ha hecho usted algo contra el honor? Porque yo he oído que un hombre puede cometer mil locuras, y hasta tener mil vicios, conservando su honra de caballero.

Responder con sumisión, disculparse, hubiese sido torpeza indigna de mí. Prendado y todo, no me olvidaba de mi táctica. Me aparté violentamente de la reja, y, saludando triste y respetuoso á Leonisa, me embocé en mi ligera capa de verano y me alejé, perdiéndome en las calles inmediatas.

## VIII

Pasé una noche rabiosa; temía haber dado un golpe demasiado atrevido. Poco tardé en comprender que mi estrategia era segura. Una dueña, sin el manto negro de sus congéneres en la época de los Felipes, pero del mismo tipo, melosa, picaresca y de corte beatífico, me trajo una esquila, escrita con letra que delataba pulso alterado. La esquila decía solamente: «Aguardo esta noche.» Era el laconismo de los que se arrojan al mar y escriben su despedida; el estilo sin eufemismos de los candorosos... Y entonces, con nueva seguridad, pero con mayor y supremo orgullo, repetí para mis adentros: «Mía... completamente mía.»

Cuando, al dar la media noche, volvimos á encontrarnos separados por una cortina de hierro y ramaje, la pobre criatura me pidió perdón—¡perdón á mí!—de su injuriosa pregunta de la víspera.

—¡La gente es tan infame!—murmuró, cogiéndome ella misma la mano con ansia febril. Han dicho á mi padre que usted gastaba más lujo de lo que permite su fortuna... ¡Y mi padre ha calificado eso tan duramente!

—Leonisa... es verdad que he derrochado... Eran mis ganancias del juego.

—¿Volverá usted á jugar? ¿No cambiará us-

ted de vida, Enrique?—balbuceó la niña estrechándose los dedos, atrayéndolos hacia su corazón cándido.

—Lo que usted quiera, eso será de mí... Usted puede transformarme... Si su carta tarda unas horas más, tal vez no me encuentra en S... porque, incapaz de resistir el despecho y la cólera que me causó la pregunta, hubiese partido en dirección á Madrid, y desde allí á Londres. Al perder mi última esperanza, que eres tú—exclamé tuteándola atrevidamente—, iba á recaer, y más hondo que nunca, en la perdición... Dime si estás dispuesta á salvarme.

La luz de la luna se abillantó en dos lágrimas puras y lentas, que resbalaron por las mejillas de la hija del Duque de Torquemada. Su diestra, que yo oprimía ardorosamente al través del hueco que dejaban los hierros negros y duros, tembló, y sus labios murmuraron como á pesar suyo:

—Enrique, Enrique...

En aquella ocasión, mi mismo enamoramiento me fué útil para conducirme del modo más acertado, como si un cálculo frío me guiase. Un respeto tierno, una alegría sagrada embargaban mis sentidos, dejando sólo despierto el espíritu, que por primera vez se abría al cariño idealizado. Ni un instante pensé en defenderme del sentimiento que me invadía; demasiado feliz para luchar con él, cerré los ojos, me entregué á mis impresiones, y pasé una hora tan venturosa, que la he recordado después mil veces... hasta para confirmarme en otros propósitos

bien distintos, y para reconocer que sólo debe llamarse felicidad en este mundo á lo que nos lleva más allá de la vil sensación y nos adelanta el sabor de lo infinito.

No necesitando fingir; pudiendo unir el corazón y la lengua, todo cuanto dije llevó el artístico sello de la verdad más hermosa. Leonisa, confiada ya como un pájaro domesticado, me preguntaba cosas ingenuas, me exigía promesas, que yo le hacía de buena fe enteramente; y sin que se hubiera pronunciado la palabra «matrimonio», la niña se refería siempre á nuestras existencias juntas, á un porvenir muy largo de noble felicidad, que aún no tenía forma ni nombre. Todo ello era susurrado en frase rápida, entrecortado por exclamaciones, por nuestros nombres repetidos con el énfasis de la pasión. Al despedirnos, citándonos para la noche siguiente, la niña cortó una rama de jazmín, y yo, que la recogí, tributé á la flor las locas caricias con que nunca hubiese profanado las aristocráticas manos, tan pálidas y tan satinadas y tan olorosas como los jazmines mismos. Y me acosté, después de dar mil vueltas por las calles, desvelado de gozo, estrechando el jazmín, olvidado de cuanto no fuese aquella renovación de mi alma, que se bañaba en el azul del amanecer, después de haberse impregnado de argentina luna. Todo lo que había en mí de piel gastada y vieja se desprendía, y aparecía debajo la carne sana de mi juventud, la sangre, todavía no inficionada por la corrupción, ardiente y limpia, encendida por afanes y sueños resplan-

decientes como la mañana—, que despuntaba cuando deslicé el llavín en la cerradura de mi puerta.

No hay que decir con qué ansiedad esperé que llegase la siguiente noche. Probé esa roezón sorda del tiempo que nunca pasa, que es uno de los refinados suplicios del querer. No es lo peor que se sufra tan lancinante inquietud, sino que por engañarla y distraerse se haría cualquier cosa, la más absurda, la más brutal. Esto lo he comprendido después de mi infortunio... ¡Tal vez no me es lícito llamarle así!...

Afinada mi sensibilidad por la viveza de mis impresiones, noté, al penetrar en la callejuela adonde caía la reja de mi amada, una especie de extraño recelo, una angustia indefinible, como si una mano que no se veía, una mano glacial, me detuviese, apoyándose en mi pecho. Loco de esperanza momentos antes, parecióme entonces que el zumbido vago del aire, agitado por indicios de tormenta, me susurraba al oído dos sílabas fatídicas: «Nunca». Estremeciéndome, apreté el paso, y al encontrar á Leonisa, que me esperaba, comprobé, desde las primeras frases que trocamos, que el estado de su ánimo era igual al del mío. Tampoco ella había podido dormir; también ella había experimentado la nerviosa impaciencia, el anhelo de acortar horas, y también ella sufría inexplicables zozobras y temores... Sólo que los suyos eran exactos, definidos, y además perfectamente lógicos. Leonisa temía que, al llegar Donato y encontrar tales novedades, surgiesen conflictos,

un choque entre él y yo, y temblaba igualmente que el Duque, gustoso en la boda con Almanzora, porque le creía hombre serio y de sanos principios, á mí me rechazase. Y al formular estos recelos, Leonisa, acongojada, suspiraba tristemente. Prestándome elocuencia el cariño, me dediqué á tranquilizarla. ¿Qué derechos poseía Donato?

—Si se mira bien, muy pocos—respondió la niña—. Me avenía á casarme con él porque creí que así evitaba quererte... ¡Ya ves qué tontería! Era peor; me exponía á daños más graves... Pero jamás le mostré amor; nunca quise salir á la reja, á pesar de sus apremiantes instancias. Así y todo, de seguro se enojará, y mi padre lo mismo..., que es lo que siento: mi padre es para mí la imagen de Dios; ¡me ha dado ejemplos tales! ¡Oh, Enrique, Enrique!—murmuró sollozando casi—¡Cuánto tengo que quererte, para no volverme atrás ante la certeza de apesadumbrar á mi padre!

—No tengas miedo ninguno, alma mía—repetí—, no tengas miedo. La imaginación te abulta el peligro. Vamos á ver: dos cuestiones hay ahí: Donato y tu padre. Con Donato creo que debes explicarte de un modo que lastime lo menos posible su amor propio, pero francamente. No le quieres lo bastante para casarte... Eso no es ofensa. Y respecto á él y á mí... no te importe, es lo de menos.

—¿Y si te insulta? ¿Y si tenéis que... que...? La palabra no salía de sus labios.

—¿Que batirnos?—Me eché á reír—Te pro-

meto que he de hacer cuanto pueda por evitarlo, Leonisa de mi vida. Un desafío ahora prevendría más á tu padre contra mí; ya ves si estaré dispuesto á andar á cintarazos. Donato y yo nos conocemos; sé que no es cobarde; él tiene respecto á mí la misma seguridad. Con pincharme no recobraría tu corazón, que no ha poseído nunca. Le supongo lo bastante inteligente para no llevar las cosas á un extremo inútil. Tu padre... Eso ya es distinto. Contra tu padre, armémonos de paciencia y borremos poco á poco el mal concepto que tiene de mí. Después de todo, no creas que he sido ni mejor ni peor que... que la mayoría. (Y aquí me contuve, constante en mi propósito de no desacreditar á Donato.) Quizás he sido más escandaloso...

—¡Ya eso es mucho!—declaró Leonisa— ¡Ay de aquel que produce el escándalo! Enrique, ¡qué difícil va á ser el rehabilitarte!

—Contigo y por ti nada es difícil... Tú verás, tú verás... Y no pensemos más en lo que aún no ha sucedido; pensemos en que ahora somos tan dichosos; aprovechemos este minuto...

Como si algún poder oculto quisiese darme siniestro aviso, una fuerte ráfaga de solano arrancó ramas del jazmín é hizo volar sus hojas esparcidas; el cielo se ennegreció, y en la calleja zumbó triste y estridente la voz del viento, parecida á una amenaza. No tardó en brillar un relámpago; el trueno tableteó en las nubes, y gotas gruesas de furiosa lluvia azotaron el suelo y empaparon la capa que me envolvía. Fué forzoso despedirse. La ventana de la reja se cerró,

y emprendí aprisa, empujado por la tormenta, el camino de mi casa, oprimido el pensamiento por una de esas aprensiones que en nada se fundan y por lo mismo adquieren desmesuradas proporciones.

## IX

Debí creer al siguiente día que era profética la singular opresión, porque la primer noticia que me dieron en el Casino, adonde concurría por las tardes, fué la del regreso de Donato, rico, gracias al fallecimiento de su tía, que le dejaba toda su hacienda, y decidido á pedir á la hija del Duque de Torquemada para casarse al expirar el luto. Mis entrevistas por la reja, contadas y recientes, con Leonisa, no se habían hecho públicas, y hablaban delante de mí sin reparo. Comentaban la buena suerte de Almanzora y la caprichosa condición del Duque, que después de educar á su hija punto menos que para monja, se aprestaba á casarla con un muchacho como todos los demás, con ligeras diferencias, por creerle un modelo de virtud.

—¿No es cierto, Enrique?—me preguntó el más mordaz de todos, temido por su lengua, Adrián Alfaro—, Donato es un mártal callando; pero si puede engañar al santo varón del Duque, lo que es á nosotros...

Se encontraba en nuestro círculo el Marqués

de Guadamora, político de algún renombre, y contestó á Adrián, que no se dirigía á él:

—¿Y cree usted que no vale nada hacer las cosas con arte y recato?... Bien ven ustedes que es algo, cuando por ese solo mérito se va á llevar Almanzora el mejor partido de la provincia de S..., y á la vez una mujer divina.

Al oír estas frases, sentí furia homicida contra Donato. He notado que todo amor profano se completa con odios: la ley del desorden pasional así lo quiere. Desde aquel instante detesté á Donato; él no iba á tardar en aborrecerme más hondamente aún.

Al despedirnos, Leonisa y yo habíamos quedado citados para la siguiente noche. Donato concurrió á la tertulia á hacer su corte autorizada; la hija del Duque le recibió con marcada frialdad; los tertulianos lo notaron perfectamente, como supe después, y el recibimiento causó á Donato un despecho, una desazón humillante, que instantáneamente cristalizó en sospecha. ¿Sospecha de qué? De nada y de todo: la desazón física del que se siente robado y no conoce al ladrón. El carácter solapado de Almanzora le inclinaba á la desconfianza, y la desconfianza le servía de talento. Debe advertirse que no había faltado quien le contase el baile en casa de mi ex-amiga, mis atenciones con Leonisa, mi asiduidad en obsequiarla—y este hecho, insignificante en sí, adquirió valor al recibir glacial acogida de su futura—. Ese instinto de inquisidor que se despierta en los que se sienten frustrados, guió á Donato, le iluminó.

Al disolverse la tertulia, se hizo el perdidizo por callejas y volvió al cabo de media hora á rondar el Palacio del Duque, sobre todo la reja codiciada, prohibida para él. Y debió de sentir como si el firmamento se le cayese á plomo encima, cuando desde la boca de la callejuela percibió, arrimado á la reja de sus sueños, un bulto. A paso maquinal, trágico, Donato avanzó... Si lleva armas entonces, creo que mi vida no vale un maravedí... Pero iba de paisano, no tenía más que sus puños, y cuando me reconoció, el estupor le clavó los pies al suelo... Yo también le reconocí; sin perder mi sangre fría me desvié de la reja, me acerqué á él, y le dije muy bajo:

—Nada de estrépito... Me tienes á tu disposición... Pero vámonos de aquí, salgamos á la plaza.

Con gran sorpresa mía, Almanzora no dió señales de aceptar el reto. Su cara lívida, sus ojos inflamados, fueron únicas señales del horrible estado de su espíritu. Rechinando los dientes, murmuró:

—Lo sabía. Tenías que ser tú, canalla. Desde que hablamos de mi amor, camino de la venta, comprendí que te atravesarías en mi camino.

—Repito que estoy á tu disposición—fué mi respuesta.

El me clavó una mirada inolvidable; vaciló un segundo... y, en voz de fantasma, articuló:

—No se trata de eso. Me la has quitado... Has vencido... No te la disputaré con violencias inútiles. No quiero que, además, me pongas en ridículo.

Y, volviéndome la espalda, desapareció entre las sombras. Al prontó quedé confuso; algo parecido al remordimiento se deslizaba en mi ánimo, siempre despreciador de toda responsabilidad moral. Después alcé los hombros como diciendo: «Tanto mejor, ya que lo toma así.» Y paso tras paso volví á la reja, á tranquilizar á Leonisa, que me esperaba transida de susto.

—¡Era él!—tartamudeó—¿Qué ha pasado? Repetí al pie de la letra el diálogo; la niña respiró.

—Prométeme—dijo—que ni le buscarás ni le ofenderás. Promételo.

—Así lo haré, pase lo que pase... ¿Me crees, Leonisa?

—Te creo... ¡Tengo fe en ti! ¡Tengo fe, Enrique!

Por primera vez, y con veneración, puse los labios en la mano pálida y sedosa.

Al llegar á esta parte de mi historia, sólo por conjeturas puedo hablar de Donato. Si su conducta obedeció á maquiavélico plan, como creo, mi deber de cristiano y de arrepentido me manda perdonarle. Si fué la casualidad la que todo lo hizo, entonces, y más que en caso alguno, la casualidad fué el velo de la Providencia...

Donato, al otro día, no volvió á la tertulia del Duque. El magnate lo extrañó y envió un recado preguntando por su salud. Presentóse entonces Donato á hora impensada, y celebró una larga conferencia, á solas, con el padre de Leonisa. Jamás se supo lo que hablaron. Lo positivo es que empezó á cundir por S... la no-

ticia de que se habían desbaratado los proyectos matrimoniales, y el rumor de que yo era el nuevo pretendiente á la mano de la hija del Duque, pero pretendiente rechazado enérgicamente por el padre. Y en efecto, la reja se cerró; en vano paseé la callejuela; la cara adorada no se asomó entre los hierros; sólo vi las caritas blancas de los jazmines, que parecían enfermos de pena y soledad. Dos noches di vueltas alrededor del palacio como el león por el ámbito del circo, acalenturado, desesperado, demente. Entonces comprendí lo hondo que me había caído dentro de aquel amor, cimentado en un mal propósito...

## X

Sentía el ansia de ir á pedir cuentas á Donato...; pero recordaba mi promesa, y me contenía. A la tercera noche, torturado por la marejada de sentimientos que caracteriza ciertos estados psíquicos, y que llega á producir momentáneos accesos de locura, me dirigí á la tertulia de Torquemada, resuelto á saber á toda costa lo que había sucedido... Al pisar el zaguán, noté esa sensación extraña de silencio y abandono que se percibe en los sitios donde esperábamos encontrar algo que se fué, y el criado de librea que acudió á recibirme, me dijo en

tono acompasado, como si recitase una lección aprendida:

—El señor Duque está un poquillo enfriado. No hay reunión.

—¿La habrá mañana?

—No le puedo decir al señorito. Lo probable es que no. Si hubiese, avisarían.

Comprendí que la enfermedad del anciano señor no era más que un pretexto, y puse en juego otros medios para lograr ver á Leonisa, para hablarla, para preguntarla qué sucedía, y sobre todo, si continuaba queriéndome; si podía contar con su voluntad, y por encima del universo hacer mía su existencia, fundiéndonos en eterno abrazo. Derramé el oro para conseguir que una apasionada carta llegase á manos de la hija del Duque. La carta me fué devuelta á mi casa sin abrir. Entonces caí en una especie de marasmo alternado con accesos de frenesí; en un tedio que no sabía cómo disipar, porque el vacío de mi alma ya no podía llenarse sino con Leonisa... Digo mal: el vacío del alma sólo con Dios se llena; los objetos mortales lo ocupan, lo engañan, pero no lo colman. Esto lo vi más tarde... Entonces creía sinceramente que mi desolación, mi aridez, una mujer las curaría por siempre... En tales situaciones, cada minuto sugiere una resolución. Tan pronto meditaba pegar fuego al palacio de Torquemada para sacar de entre las llamas en mis brazos á Leonisa, como arrojarme á los pies del Duque y prometerle seguir la más ejemplar conducta, ser el modelo de los espo-

s

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

sos y los hijos, edificar al mundo con mi proceder, lo mismo que antes lo había escandalizado. Otras veces, impulsiones sanguinarias hervían en mis venas; veía rojo, y me dominaba para no arrojarme sobre Donato y deshacerle, puesto que él, sin género de duda, era el que, al delatarme, me había cerrado las puertas del palacio de Torquemada y quién sabe si las del corazón de Leonisa. Porque lo más cruel para mí era el silencio de mi amada. ¿Qué significaba? ¿Se había desvirtuado el hechizo?

¿Podía haberme olvidado ya la que se estremecía de pasión al sólo eco de mi voz, cuando la bajaba para que resonase en su oído como un murmurio de arroyo? ¿Qué fatal poder la impedía darme alguna señal de vida, mostrarse en la calle siquiera, para que yo la viese? Porque, desde la entrevista de Donato con el padre de Leonisa, ésta no había vuelto á salir ni á la iglesia; por mis espías, á quienes volví á poner en movimiento, supe que, instalado en el palacio un oratorio, la niña oía diariamente la misa de su capellán, y que, más, cual nunca, la casa de Torquemada parecía, por lo recoleta y silenciosa, un convento. Todo esto me producía un estado de ánimo que sólo puede calificarse de insania. Pasaba noches enteras sin conciliar el sueño, dando vueltas y más vueltas en la cama, arrugando lassábanas, arrojando la ropa, encendiendo luz para tratar de distraerme con un cigarro ó con una lectura, y á veces arrancándome el cabello como un orates, en la furia de mi impotencia contra el muro de pedernal de los sucesos.

Otras noches prefería no acostarme, y recordaría, embozado en mi capa, las calles románticas de la ciudad, ó las alamedas luengas que festonean las márgenes del río, á paso de loco, manoteando como enajenado del sentido, hablando solo ó dejándome caer en un banco, donde permanecía hasta que, entumecidos mis miembros por el rocío nocturno que calaba mi ropa, me era forzoso sacudir la inercia y retirarme á casa para caer, con pesantez de plomo, en el único asilo de los desgraciados: el sueño.

Cuando la vida pletórica de nuestros sentimientos no encuentra válvula en la acción, sin remedio llegamos á buscar en apariencias de acción algún alivio, un cambio de postura. Nuestro tumulto interior pide tumulto fuera, y la imposibilidad de encerrarse en una calma estoica crea la mentira del ruido. Si yo pudiese reunirme con Leonisa, así fuera derramando sangre, arrasándolo todo, ¡qué profundo consuelo para mí! Quemar, romper, entrar en el palacio á tiros... Pero nuestras prosaicas actuales costumbres no me lo permitían, y aquella estancia de mi existir, aquella pared sorda, muda, inmóvil, entre la amada y yo, me precipitaban en la demencia. En estos estados se acepta todo lo que distraiga.—Sin saber lo que hacía, volví á reunirme con mis compañeros de francachelas, recaí rápidamente en mi antiguo modo de ser, con más arrestos, al parecer, que nunca. Dentro de mí, sin embargo, un gusanillo me atarazaba el pensamiento. La imagen de Leonisa se me aparecía